

La voz de la sangre

Jemiah Jefferson

Traducción:

Victoria Horrillo Ledesma



Para Willow, que fue quien me me metió en la Bauhaus

Prólogo

Hematopoyesis

Los mejores relatos empiezan siempre con lluvia. Este es, en realidad, el final de la historia que estoy a punto de referiros, pero empiezo aquí porque estoy sentada, esperando en el salón oscuro como boca de lobo de mi vieja casa, descalza y con los largos y horrendos dedos de los pies asomando por debajo de un camisón blanco y calado, adecuadamente literario. Fuera, la lluvia va pasando del ritmo soñoliento del vals al de la tarantela y a menudo, cuando llueve así, John, mi amante, viene a pasar la noche conmigo. Mi amante (desgraciadamente montaraz y trágicamente bello) se reúne conmigo aquí porque odia estar a la intemperie con esta lluvia, en los cementerios hediondos y los insalubres pasos subterráneos donde suele alojarse. Lo llamo sin levantar la voz. Me lo imagino de pie, en carne y hueso, delante de mí. Quiero que acuda a mí esta noche.

Escucho la lluvia con todos mis sentidos. La sinestesia es una de mis grandes satisfacciones: si quiero, puedo oír con la piel cómo las gotas de lluvia golpean las hojas allá fuera, o sentir con las fosas nasales cómo las moléculas de la tierra mojada se abren y retoñan; se diría que el tiempo se detiene en el intervalo que transcurre entre que caen unas y otras gotas de lluvia, en grupos de diez o veinte, que golpean nítidamente las tejas del tejado de pizarra. Momentos como este me hacen insistir una y otra vez en que los vampiros no

somos, claro está, seres no muertos y demoníacos; mientras permanezco sentada en equilibrio, con toda precisión, sobre el trasero desnudo, que descansa fresco y húmedo sobre las lamas de madera, y olfateo en el aire, desde más de una milla de distancia, la turba mojada de los moradores de Oregón muertos y enterrados hace tiempo, me siento más viva de lo que se haya sentido nunca cualquier ser humano. Soy ahora tan fuerte que refrenarme es un placer. La moralidad es deliciosa.

Pese a todo, la aparición de mi amante, ese merodeador lobuno y espectral, me agradaría enormemente. Hace semanas que no lo veo. Para mí, una semana es mucho tiempo; soy más bien solitaria y con frecuencia perezosa, y mis colegas humanos, los científicos, toman mi carácter taciturno por frialdad. Estoy segura de que creen que soy una frígida adicta al trabajo que nunca ve la luz del sol, una de esas reinas de hielo que visten chaqueta de cuero y que, sin embargo, se pasan las noches en un laboratorio blanco y frío.

Mis amigos más queridos están muertos o muy lejos. En cuanto a Ricari, a veces lo echo de menos. Me gustaría que estuviera aquí, simplemente para hablar, para contarme historias tristes o espeluznantes sobre su vida, pero me entregó casi dos años de su tiempo, durante los cuales fue mi preceptor y mi compañero, y luego se esfumó sigilosamente, en la oscuridad, por supuesto, dejando tras de sí el resguardo de un billete de avión hacia Toronto, solo de ida. Siempre prefirió su soledad. Pienso en la risa de Encanto cuando leía en la gran cama de Chloe y bebía té de jengibre y los añoro tanto a los dos que me duele el corazón.

John, sin embargo, está aquí, al menos en cierto sentido. No estoy segura de que tomara conscientemente la decisión de no ser mi compañero, o si solo está vagando por ahí compulsivamente, como un gato doméstico asilvestrado. No sé por qué se volvió así, mientras yo me volvía como soy; la sangre del vampiro, cuando atraviesa palpitando lo que

fue un cerebro humano, puede causar reacciones extrañas en la gente.

John y yo íbamos a casarnos hace tiempo, en esa otra vida, la vida humana, tan cuerda y sucedánea en comparación con esta. Fue hace un millón de años o quizá solo cinco. Yo era entonces, como ahora, Ariane Caroline Dempsey, de poco más de veinte años, estadounidense de ascendencia mestiza, experta en biología molecular, amiga de las camisetas negras y las películas de acción violentas y aficionada a sentarme en el suelo con el culo al aire durante las tormentas.

El caso es que he estado dándole vueltas a todo y repasándolo en mi memoria; nosotros, los vampiros, poseemos la desgraciada peculiaridad de contar con una memoria muy aguda, incluso de cosas que habíamos olvidado cuando éramos humanos. Podemos recordar cada humillación, cada decepción, cada asquerosa traición por pequeña que sea, tan bien como recordamos el gozo de la primera cucharada de mermelada de nísperos o el placer de quedarse dormido después de una noche de angustia. Algunos se vuelven extremadamente puntillosos, otros dejan de preocuparse por lo que han dicho o hecho, y unos pocos, como yo, supongo, se limitan a echar la vista atrás y a hacer recuento. Pensar en el pasado me entretiene mientras espero: un rebobinado mental para llenar el tiempo, el tiempo inexorable, la insoportable antesala del vivir.

Todos los seres de mi extensa familia hematófaga sufrieron la transformación en un momento particularmente crítico de sus vidas; sobre todo, los del siglo xx: ese momento de la existencia en el que vivir se convierte por primera vez en un esfuerzo. Yo no era aún lo bastante mayor para ver la vida como un don, como algo que había que atesorar y valorar a medida que pasa. Al igual que Ricari, me volví inmortal justo en el momento en el que la vida ya no me parecía deseable. Los muy jóvenes se toman las cosas a su aire; dan por sentado que la inmortalidad que sienten en su

fuego interno es auténtica. Cumplidos los cuarenta, algunas personas se aferran a la vida desesperadamente, la consideran la panacea para su vista cansada, sus sienas canosas y su colon irritable. Yo lo único que veía delante de mí eran sesenta años de degradación y la pérdida gradual de mis encantos juveniles, que, por de pronto, tampoco eran tantos. No soy infeliz. Más bien al contrario. Ahora me conozco hasta un punto que me habría estado vetado de otra manera y lo que conozco me gusta. Solo desearía que no fuera tan duro, ya sabéis... ¿Cuántas muertes a mis espaldas y cuántas más, infinitas, por llegar?

¡Ah! ¿Un arañazo y un chirrido en la puerta de atrás? Me levanto de un salto y corro a la ventana de la cocina para mirar el baño de pájaros del jardín de atrás, en cuya escayola rebotan las gotas de lluvia. Un silfo blanco se está materializando, indistinto entre la filigrana venosa que forma la lluvia sobre el cristal de la ventana: John, desnudo, se quita sobre el césped la ropa ennegrecida por el barro y se mete con gran delicadeza en la fuente. Sacude la cabeza como un príncipe macedonio. Así que le abro la puerta de atrás y él entra, aparentemente medio dormido, con la piel plateada, como llena de lentejuelas, y gélida al tacto. Sus ojos oscuros son imposibles de sondear. Ansioso y desconsiderado, me toca a través del camisón y me moja... Mirad para otro lado, ¿queréis?

Os distraeré con lindas historias. Os contaré con mi memoria de vampiro, precisa como una videocámara, cómo llegué a ver en la oscuridad y cómo llegó a poseer John los cuatro afilados colmillos que en este preciso momento atraviesan sensualmente la piel de mi hombro.

Libro primero

Hemostasis

Así pues, ¿quién empezó?

John y yo llevábamos días discutiendo casi sin parar. En cuanto nos levantábamos de la cama, yo le echaba la bronca por robarme la almohada. Nos peleábamos por si queríamos sándwiches o sobras para comer, o por la película que íbamos a ver esa noche y dónde. No teníamos, en realidad, grandes diferencias de opinión: nuestros gustos eran tan parecidos que daba miedo. Y, sin embargo, la discusión parecía haberse vuelto nuestra principal vía de comunicación.

Todo había empezado tan dulcemente entre nosotros... Él era profesor y acababa de llegar al Instituto Tecnológico del Norte de California, donde yo estudiaba. Aquel tal doctor John Thurbis arrastraba consigo una insólita reputación: niño prodigio de los barrios bajos de una de las ciudades más lúgubres de Inglaterra y doctor a los veintinueve años en el campo, casi sobrenatural, de la física de partículas. Yo, ajena al destino que me aguardaba a la vuelta de la esquina, iba hacia la Facultad de Química a la clase que menos me gustaba, cuando me vi abordada por un desconocido alto y de pelo negro, con gafas y hermosa piel, que se puso a despotricar de la estulticia y la burocracia de la administración. Me quedé parada y escuché pacientemente (había oído todo aquello muchas veces a estudiantes y personal de la

universidad) y estaba a punto de disculparme para seguir mi camino cuando él suspiró y dijo:

—¡Joder, necesito una copa! ¿Te apetece tomarte conmigo unos vodkas a palo seco?

Eran las tres de la tarde, así que, naturalmente, dije que sí. Después siguió una cena opulenta, un polvo lleno de inspiración y un día y medio en la cama, viendo la televisión por cable.

Eso había sido casi dos años antes. Desde entonces, nos habíamos prometido en matrimonio, habíamos dejado nuestros respectivos cepillos de dientes en casa del otro y habíamos visto florecer nuestra reputación académica. Como yo ya había elegido dedicarme a la biología animal y el análisis mutacional, en lugar de subirme al carro del genoma, mi estrella no brillaba tan visiblemente como la suya, pero aun así, formábamos un formidable equipo científico. Una vez, el jefe del Departamento de Física se acercó a John y a mí en un restaurante y proclamó delante de sus amigos:

—La suma del coeficiente intelectual de esa mesa ronda el cuatrocientos... y, encima, están monísimos juntos.

En septiembre de ese año, John recibió una invitación de ensueño: trabajar en la Universidad de Cambridge como profesor invitado, desde mediados de diciembre a mayo. Básicamente, eso significaba que iba a comer un montón de pudín de Yorkshire, a beber un montón de oporto añejo y a debatir la teoría de la unificación delante de un fuego rumoroso con un montón de carcamales sobrealimentados que a su padre, un trabajador galés empleado en una fábrica de conservas, no le habrían dado ni la hora. Como era tonto, estaba encantado y aceptó la invitación antes siquiera de decirme que la había recibido.

Yo intenté tomármelo con madurez. Tenía veinticuatro años y era un genio, a mi modo; tenía mi beca, mis alumnos devotos y casa propia donde vivir. Podía pasar sin novio unos cuantos meses. Hice como que no me importaba lo más

mínimo y, por alguna razón, a John no le sentó bien. A mí tampoco me sentó bien su indignación y así estaban las cosas.

Hubo un jueves en particular en que habíamos tenido una pelea tan brutal que esa noche no pegué ojo; iba a venirme la regla y mis músculos agarrotados clamaban por una de las friegas que John me hacía con sus grandes manos. Pero no pensaba pedírselo ni loca, tal y como se estaba comportando. Odiaba otorgarle aunque fuera solo una pizca de poder. Yo también era tonta.

Había ido a recogerlo para ir a cenar y me sacó de quicio que fuera con retraso.

—La reserva es para las ocho y media —dije entre dientes—. ¿Qué pone en ese reloj?

John daba vueltas distraído por su cuarto de estar, con un calcetín puesto. Le encantaba hacerse un poco el Einstein, aunque era un cuarto de siglo demasiado joven para resultar convincente.

—Va adelantado —dijo.

—¿Qué dice, John?

Me miró desde donde estaba agachado, junto a un montón de ropa que había en el suelo.

—Esto... Ariane, a lo mejor quieres echarle un vistazo a tu pelo. Se te esta... levantando un poco...

—¿Qué? —Corrí al cuarto de baño y me miré al espejo. Claro que se me estaba levantando el pelo. Me había pasado casi media hora recogéndome los rizos foscos, de color rojo oscuro, en un moño en la coronilla. Suspiré y me puse a enredar con las horquillas para volver a recogermelo. Mi cuerpo cantaba una repetitiva tonada de dolor. Busqué en el armario de las medicinas y me tragué dos aspirinas a palo seco.

—¿Ya estás lista? Son casi las ocho y media —dijo John con impaciencia.

La cena fue un fastidio. Se nos había pasado la reserva y el *maître* se complació en decirnos que pasaría casi una hora

antes de que quedara otra mesa libre. John hizo una mueca, pero tuvo que fingir que no le importaba, así que me llevó al bar y me invitó a un cóctel.

—Estoy muerta de hambre —dije.

—No te moriras —contestó. Me tiró del pelo y el moño se derrumbó—. ¡Uy...! Cuánto lo siento...

—No, no lo sientes, joder. No tienes ni idea de cuánto tiempo he tardado en hacerme el moño. Gilipollas. —Me recogí el pelo suelto con las manos. Me estaban dando ganas de llorar. Me sentía como si un elefante hubiera pisoteado mi tarta de cumpleaños.

—Venga, cariño. Solo es un peinado. A mí me parece que estás muy guapa con el pelo suelto.

—Pero eso no es lo que importa. He invertido mucho trabajo en esto.

Suspiró.

—No te pongas neurótica. Tienes que tener un... un espíritu más libre.

—Y me lo dice un tío que nos ha hecho llegar media hora tarde porque tenía que llevar los calcetines a juego...

Acabamos nuestras copas en silencio.

La comida no fue gran cosa: chuletas y verduras asadas de no sé qué clase. El dolor se revolvía dentro de mí como un animal perverso, como un gnomo malicioso armado con puñales. John hablaba y yo no le hacía caso. Por fin me sacó de mi ensimismamiento gritando:

—¿Dónde estás?

—Fuera —dije. Aparté el plato—. La verdad es que no tengo hambre. Creo que la aspirina me ha jodido el estomago.

John escupió un suspiro impaciente.

—Por fin te invito a una buena cena y ni siquiera estás aquí para comértela. Por Dios, Ariane, ya nunca hablas conmigo. Lo único que haces es putearme. ¿Por qué no me dices la verdad de una vez?

—¿Qué verdad?

—Que no quieres que me vaya.

—¿Te quedarías si te lo pidiera? —pregunté.

Levantó un poco las cejas. Pero no me miró desde detrás de las gafas de montura metálica cuando dijo:

—No, no me quedaria.

—Vamos a dejarlo —dije.

—No quiero. ¡Joder!

—De todos modos no quiero que te quedes —mentí con un ademán—. Me odiarías si te lo pidiera. Es una buena oportunidad. Pero si ya pronuncian tu nombre al lado de ese tal Niels Bohr y de esos otros cerebritos... Tesla, o como coño se llame. Y todavía ni siquiera me has regalado un putito anillo.

—Te estas comportando como una idiota. —Suspiró otra vez y tiró la servilleta al plato con un leve chapoteo—. Vámonos, ¿vale?

—¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Tú qué crees?

Lo dejé delante de su piso sin decirle adiós. Él se bajó del asiento del copiloto de mi Geo y cerró de un portazo. No lo vi marcharse.

Volví al campus sin molestarme en quitarme el vestido de flores y los zapatos de señorita. Siempre había cosas que hacer y el trabajo me distraía del rompecabezas ilógico y hecho jirones que era mi vida. Había empezado a caer una lluvia fina mientras estábamos en el restaurante y el césped de los jardines del campus chapoteaba bajo los tacones de mis zapatos. Las luces cálidas de la biblioteca, situada en el centro del campus, parecían llamarme entre la neblina, que era cuanto quedaba del chaparrón.

Vagué por la biblioteca, eligiendo distraídamente volúmenes encuadernados de mis revistas preferidas. Al llegar al final de las estanterías, miré alrededor para asegurarme de que nadie me veía, me subí el vestido y me miré las bragas por si tenía manchas de sangre. De momento, nada. Sabía

que faltaba poco: tenía un menstruado muy regular, implacablemente fiable, casi al minuto. Con lo que me dolía, sabía que no podía tardar mucho. Suspiré. Era hora de irse.

Una de mis alumnas de laboratorio, que atendía el mostrador de préstamos, me sonrió.

—Hola, Ariane, hoy te has quedado hasta tarde, ¿eh? Creía que a estas horas estarías en casa, durmiendo. ¿Es que nunca descansas?

—No, si puedo evitarlo.

—Estas muy guapa. Oye, ¿has visto los coches de policía?

—No, ¿dónde?

Dejó de sellar fichas para dar un mordisco a su chocolatina. El olor del chocolate me molestó un poco.

—Allí, al otro lado del parque, al lado de la tienda de bicis. Creo que ha entrado alguien en la tienda.

—O que alguien se dedica a profanar tumbas —dijo otro alumno que trabajaba en la biblioteca, adornando su voz con un trémolo morboso.

—¿Qué? —preguntó dubitativamente mi alumna.

—Allí también hay un cementerio —dijo el chico. Me parecía conocerlo: era un estudiante de los primeros cursos de Medicina, un tipo que daba un poco de miedo y que una vez había robado el esqueleto completo de la sala de conferencias y lo había devuelto vestido como Prince, con chaqueta de terciopelo púrpura y botas de tacón de aguja.

Ella le dio una palmada en la mano.

—Tú estás colocado —dijo mi alumna.

—¿Ah, sí? ¿Y quieres que hagamos algo al respecto?

—Luego os veo, chicos —mascullé.

Deseé estar colocada yo también. Mis calambres habían ido aumentando en intensidad mientras recorría la biblioteca y, ahora, en medio de la frondosa pradera de la Facultad de Biología, alcanzaron su punto culminante, un clímax de espasmos uterinos; me fallaron un poco las rodillas cuando entré en el edificio principal, donde estaba mi laboratorio.

Luego, los calambres cesaron. Tomé aliento. Una burbuja de calor se hinchó entre mis piernas. No había nadie por allí, así que volví a subirme la falda y me toqué con un dedo la vagina: sangre, fresca como la de una puñalada.

Genial, pensé. En fin, tenía tampones y una toallita en mi despacho. Tendría que arreglarme con aquello durante un rato, por lo menos. No quería volver a casa para encontrarme un mensaje de John en el contestador pidiéndome disculpas o una explicación. Aún no. Dejé oscilar la puerta del edificio y pasé la mano por los ladrillos de la escalera que llevaba al sótano. Todo estaba en silencio: apenas oía a alguien que tocaba a Pink Floyd al fondo del pasillo, un eco ligerísimo que rebotaba por las paredes. No había nadie que pudiera molestarme.

Por alguna razón, la puerta de mi despacho no se abría. Forcejeé con la llave un minuto, mi ansiedad se convirtió en impaciencia y solté una maldición en voz baja. Por fin, conseguí abrir empujando la puerta con el hombro.

El despacho estaba a oscuras y lleno de un viento húmedo salpicado de lluvia. Durante unos instantes no vi nada. Busqué a tientas, en vano, la llave de la luz. Por fin distinguí unas cosas blancas en el suelo: papeles tirados por todas partes, arrastrados por el viento, y formas más voluminosas y oblongas. Eran las ratas que tenía como mascotas. No se movían. Tenían el pelo sonrosado, húmedo y apelmazado.

Recuerdo que grité.

Y eso fue todo.

De pronto estaba tumbada en una cama estrecha y dura, cubierta con una manta de lana. Había estado otras veces en aquella cama: era una de las del laboratorio, en las que, antes de licenciarme, había pasado muchas noches por unas pocas monedas. Me preguntaba por qué estaba allí; hacía muchos

meses que no tenía que quedarme a dormir en el laboratorio por culpa de algún experimento. Tenía frío y me sentía inmensamente soñolienta.

Antes de que pudiera despertarme del todo, oí que alguien me imploraba:

—No intentes hablar, vamos a llevarte a la enfermería.

De todos modos no podía moverme. Sentí que me alzaban a medias y que, a medias, me daban la vuelta para colocarme en una camilla. Quise decirles que todo aquel jaleo era innecesario, que estaba bien, pero no podía moverme. No sentía dolor, solo un frío que me inmovilizaba. Me llevaron en camilla por corredores inundados de luz. Me pareció notar el olor de John (usaba un jabón peculiar). Sentí una mano caliente en la mejilla.

—Te vas a poner bien, no te preocupes.

Estaba aturdida. Volví a dormirme.

Cuando desperté otra vez, el dolor llegó de la mano de la conciencia, como la muerte y los impuestos. Gemí en voz alta y me toqué el vientre. John estaba a mi lado y me acarició la mano y la frente hasta que me relajé. Me limpió algunas lágrimas de la mejilla.

—Has tenido un aborto —susurró. Parecía hecho polvo—. Te encontró tu vecino. Te oyó gritar y te vio en medio de un charco de sangre. Tu oficina está hecha un desastre. La ventana estaba rota, tus ratas están todas muertas, es un horror. Menos mal que estás bien.

—No me siento bien —dije con voz pastosa.

—No, ya me lo imagino. Te han puesto una vía. Te la quitarán por la mañana. Yo vendré mañana a llevarte a casa. Tienes que prometerme que vas a tomarte las cosas con calma una semana, más o menos. Nada de ir a clase.

—Iré retrasada —gruñí. La cabeza me daba vueltas como si hubiera bebido demasiado: la habitación daba media vuelta y se detenía; daba media vuelta y se detenía, y otra vez igual.

John se limpió las lágrimas, como si se avergonzara de ellas y no quisiera que yo las viera. Por detrás de las gafas, sus ojos parecían enrojecidos e hinchados y sus densas pestañas estaban todavía húmedas.

—Bobadas. Eres la chica más lista de la facultad. Te pondrás al día enseguida. Yo te traeré los apuntes. El doctor Reid ya me ha dicho que se hará cargo de tus clases hasta que te encuentres con fuerzas para volver. Todo va a salir bien. Solo tienes que relajarte, ¿vale? Vendré a buscarte entre las clases de Astronomía y Partículas.

Lo miré; luego volví el brazo, que tenía rígido y frío por culpa del tubo de plástico y metal que colgaba de él, y dejé que todas mis células se desplomaran sobre el áspero dril de las sábanas del hospital. La habitación estaba en penumbra, por suerte: las luces nocturnas estaban encendidas.

—No llegues tarde —le susurré.

Esa noche, mientras dormía, tuve pesadillas. Una y otra vez entraba en mi despacho y en cada ocasión encontraba algo aún más horrible que la vez anterior: a una rata le habían arrancado la cabeza y sus jirones de carne estaban dispersos por el suelo como una roja boa de plumas; otra, aplastada, había quedado convertida en una peluda bolsa de líquido horriblemente deformada. Volvía a ver el relámpago que iluminaba los papeles blancos que volaban por la habitación como en el inicio de una película de Hitchcock, la silla volcada, el estéreo destrozado y... ¿qué más?

Estaba convencida de que había algo más en la habitación.

Por la mañana, cuando me desperté, vino a verme una ginecóloga. Me senté en la cama, me bebí un vaso grande de batido de leche nutritivo y ella se sentó en una silla, delante de mí.

—¿Cómo te encuentras, Ariane? —me preguntó alegremente.

—Como si me hubieran pisoteado.

Concedió a mi comentario una sonrisa clínicamente astuta.

—En realidad, no has sufrido un aborto —me informó—. No hemos encontrado ninguna hormona asociada al embarazo en tu flujo sanguíneo.

No dije nada. Estaba tirando de los hilos sueltos de la manta del hospital.

La ginecóloga prosiguió con un suspiro:

—Ariane, ¿no te atacaron? No te habrán violado, ¿verdad? A mí puedes decírmelo, no diré nada si no quieres. Solo intento hacer un diagnóstico.

—Yo... no —dije francamente—. Quiero decir que no me acuerdo. Y no soy una persona con tendencia a reprimir los recuerdos.

—Eso me parecía. Tampoco hemos encontrado restos de semen... Solo tu sangre. Lo único que se me ocurre es que sufrieras un prolapso de endometrio, Dios sabe por qué. Ahora mismo no queda nada de tu mucosa uterina. Parece estar regenerándose normalmente, lo cual está bien. Es una situación muy extraña, suele darse después de un par de abortos espontáneos o provocados...

—Nunca he tenido un aborto.

—Sí —dijo ella con otro encogimiento de hombros—. Supongo que será una de esas cosas raras. Pero por lo demás estás sana, así que te pondrás bien, siempre y cuando guardes reposo.

Me acabé el batido cuando salió de la habitación, me tomé un par de analgésicos y un antibiótico, y volví a sumirme en un sueño nervioso que duró un par de horas.

Visitaba mentalmente el despacho una y otra vez, miraba a mi alrededor, entrecerraba los ojos para protegerlos del viento áspero y luego gritaba hasta que me dolía la garganta. Sin embargo, en cierto momento, el grito se desvanecía como si nunca hubiera existido. Había algo extraño en todo aquello. Tal vez, a fin de cuentas, no había gritado. Mi mano

que luchaba con el pomo de la puerta; la pesada madera que cedía y, luego, mi vista clavada en la oscuridad...

Esa tarde, John llegó puntualmente a recogerme. El embarazoso ritual de conducirme en silla de ruedas hasta el aparcamiento nos hizo poner cara de fastidio a ambos. John me había llevado unos pantalones de chándal y una camiseta: mi vestido largo de flores había quedado inservible. Me acomodé con muchas precauciones en el asiento del copiloto, entre el tintineo de mis frascos de analgésicos y antibióticos, y John miró el salpicadero con los ojos achicados mientras arrancaba el coche, que no conocía.

Una cosa que puedo decir de John es que, aunque conduce como un abuelo chino medio ciego, es un enfermero maravilloso. Tuvo una niñez enfermiza y una madre sobreprotectora, y lo sabe todo sobre sopas y mantas calientes, sobre cómo ahuecar almohadas y jugar al *scrabble*. Pronto me vi acomodada cual Cleopatra en el sofá del cuarto de estar, con un surtido de bebidas ligeras, pequeños bocadillos y buenos libros extendido ante mí, al alcance de la mano.

—¿Te duele algo? —preguntó.

—Creo que podrías darme un puñetazo y no lo notaría —contesté con una sonrisa, atontada por la codeína.

Se puso de rodillas delante de mí y me besó las palmas de las manos.

—Te quiero mucho, Ariane —dijo—. No soporto pensar que pueda ocurrirte algo. Siento mucho haberme puesto tan bruto anoche.

—No te preocupes por eso, cariño. Yo tampoco estuve muy amable.

John sonrió contra mis manos.

—Te pones más sureña cuando estás sedada —comentó.

—Pues claro. Y no te preocupes por lo del anillo. De todos modos, lo perdería.

Él sacudió la cabeza y se sonrojó.

—Si necesitas algo, llámame. Lo digo en serio, por favor.

—Vete a la facultad —le dije—. Yo voy a dormir un rato.

No podemos vagar los dos.

—Primero, dime que me quieres.

—Te quiero, John. Te quiero... apasionadamente.

Él se levantó y sonrió.

—Eso lo acepto —dijo—. Volveré después de mi última clase.

—No irás a conducir, ¿verdad? —bromeé.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Pues... no, creo que iré andando...

Por fin me dejó sola y me puse a hojear los periódicos. Como de costumbre, solo contenían una sarta de horrores: guerra en Europa del Este, guerra en África, corrupción policial y dos jóvenes hallados horriblemente mutilados en el cementerio, frente al Instituto Tecnológico del Norte de California. Al parecer, aquellos chavales habían estado robando tumbas hasta que un psicópata de primera índole los atrapó, los degolló y les sacó las tripas. No había pistas acerca del autor, pero reinaba ya cierta inquietud a causa de aquel nuevo Jack el Destripador. A mí solía desanimarme ver esas cosas en las noticias, pero leí todos aquellos relatos de horror y asesinato con beoda fascinación. Leí la noticia una y otra vez, hasta que no pude mantener los ojos abiertos.

Caí en un estado de sopor. Había pasado años perfeccionando la transición entre la vigilia, el amodorramiento y el sueño. Puedo permanecer en ese estado de fuga durante horas sin llegar a dormirme, sobre todo, cuando he tomado algún tipo de opiáceo, como la codeína. No era una forma de meditación: después de las cosas espeluznantes que había leído, me era imposible encontrar un poco de paz mental.

Volví, naturalmente, a la noche anterior, como la lengua que vuelve a visitar la ortodoncia reciente. Por

alguna razón, de pronto me parecía todo mucho más claro, como si se estuviera levantando la niebla que cubría mi memoria.

Había, en efecto, algo más en la habitación: una figura agazapada y huesuda, flaca como un niño hambriento del Tercer Mundo. Yo pensaba, *un sin techo desnutrido, habrá entrado a robar algo para venderlo o cambiarlo por comida*. Tenía miedo, pero me acercaba, consciente de poseer algún tipo de poder físico y cierta fortaleza mental, y de que había escasos motivos para asustarse. Aquel cuerpo huesudo estaba cubierto por tela raída, llena de barro y hecha jirones: un abrigo, quizá un chubasquero de color oscuro.

—Oye —dije con precaución, levantando la mano—, que sé defensa personal.

Aquella persona volvió su cara hacia mí.

¡Ay, mierda!

Estaba perdiendo el recuerdo... Tenía que rebobinar otra vez. Cambié de postura en el sofá, me quedé perfectamente quieta y aflojé el ritmo de mi respiración. Vuelta a dormirme..., pero no del todo. Por fin, volvieron las imágenes, entremezcladas.

La cara de la... criatura. No podía pensar en ella como en una persona. Quizá hubiera sido humano alguna vez, pero ya no. La piel era oscura, del color del barro, salpicada aquí y allá de llagas lívidas y rosáceas, y agujeros en la carne. La epidermis no alcanzaba a cubrir del todo las mejillas: el esfuerzo de estirarse sobre los pómulos altos y salientes parecía resultarle excesivo. Lo único que vi que no me dio asco me llenó de horror: los ojos, protuberantes y terriblemente inyectados en sangre, con grandes iris de un azul grisáceo, ojos sensibles, ojos que suplicaban llenos de dolor. Abrió la boca y siseó algo. La boca estaba llena de dientes amarillos, tirando a anaranjados, cuatro de ellos eran muy afilados, dos arriba y dos en la mandíbula inferior. Aquello siseó de nuevo y bajó la cabeza para tirar de algo. Era una de

mis ratas, que chillaba de terror. La criatura la aplastó con una mano huesuda y sorbió la sangre que salía por su boca. Cuando la sangre dejó de salir a borbotones, se metió la mitad de la rata en la boca, la mordió y sorbió el jugo como si fuera un gajo de naranja.

Y, sin embargo, yo no grité. Me había hecho pis, eso seguro: notaba el orín correrme por las piernas en un chorro caliente. Pero guardaba silencio, paralizada. Aquel ser... sufría tanto... Echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito ronco que resonó en su garganta. Me di cuenta de por qué había siseado: no había suficiente carne en su caja torácica para que de ella saliera algún otro sonido. De algún modo, la sangre lo alimentaba.

Ahora me miraba fijamente (en mi sopor, me retorció en el sofá, enferma de miedo, pero las imágenes llegaban en un flujo constante, liberadas de sus compuertas). Sus ojos eran verdaderamente espantosos. Estaba llorando, grandes lágrimas de dolor que le hacían gemir cuando corrían por las heridas abiertas de su cara. *¡Lágrimas saladas!*, pensé con asombro. No sangre, ni pus, sino sal, simple sal marina, como la de cualquier mamífero. La criatura se levantó. Llevaba un abrigo largo, tan raído como su propia piel, y algunos andrajos que parecían de fina seda o de raso, hechos trizas. Era tan minúscula y flaca que no había carne que cubriera sus huesos, solo aquella piel frágil del color del barro.

Sentí un sutil tironeo en mi cerebro, casi una presión física, un leve apretón.

Rodeé lentamente la habitación hasta ponerme de espaldas al escritorio. Mi mano resbaló entre la sangre de rata y las gotas de lluvia cuando intenté apoyarme para no perder el equilibrio. No podía pensar: solo movía el cuerpo adelante y atrás. Lo colocaba perezosamente, pero con un propósito. Me levanté la falda.

En otro lugar, sentí que me encogía contra la tapicería del sofá y que gruñía con los dientes apretados. En el plano de

la conciencia, mi mente corría vertiginosamente mientras mi cuerpo se encontraba paralizado y se negaba a admitir lo que estaba recordando: mi cuerpo se movía sin la voluntad de la psique.

El opio es algo curioso: las cosas fantásticas que se sueñan parecen reales, pero inmensas; las cosas reales que se recuerdan parecen prolongarse eternamente, se recuerdan con todo detalle, átomo a átomo. No quería verlo, pero lo sentía y lo recordaba con toda claridad: me alzaba la falda y dejaba que aquella criatura me levantara las piernas como si fuera un amante dispuesto a montarme. Me desgarraba las bragas con un hábil tirón de su zarpa derecha, cuyas uñas relucían como garras, metía la cabeza entre mis piernas y empezaba a lamer las gotas de sangre que salían de mi interior.

Su lengua, áspera y dulce al tacto, no cruel ni punzante, me penetraba en busca de más sangre; yo seguía allí, pasivamente, pero no tanto como para no sentir placer o miedo. Una pantalla en mi cabeza: la veía claramente, pero no veía nada a su alrededor. Decía, *no tengas miedo. Te necesito. Eres hermosa y amable*. Sus manos fantasmales me agarraban las nalgas, las acariciaban de modo que yo sentía la textura suave de los huesos y la piel, semejante a jirones de tela. Pasado un rato, su chupar y lamer se hizo más insistente y noté que me acercaba al orgasmo. No quería correrme. Pero no podía hacer nada por evitarlo.

Tuve (o me tuvo él a mí) un orgasmo intenso como un relámpago que me hinchó los nervios como una ampolla y arrojó de mi vientre, en la boca de la criatura, un gran borbotón de sangre. Sentí resonar en mi cabeza un eco de mi propio y reticente éxtasis: los estremecimientos del placer vicario de la criatura. En ese momento sentí que la garra con que me sujetaba se aflojaba; vi más allá de la pantalla, vi los cadáveres de mis ratas y sentí el hedor a tierra recién revuelta, a orina, a sangre y a mi propio sudor

de espanto; y entonces grité. Grité en ese momento más fuerte de lo que había gritado nunca. Aterrorizada, la criatura chupó por última vez, con ansia, mi coño, como si quisiera volverlo del revés, y eso es todo lo que recuerdo. Debí caer al suelo y allí me encontraron, sola, goteando lentamente con lo poco que me quedaba dentro, con el vestido empapado de pis y sangre.

Me bajé del sofá, fui hasta el baño a gatas e intenté vomitar en el váter, pero mis arcadas eran secas; después me tumbé a descansar sobre la alfombrilla, con la cara pegada a las sensuales y frías protuberancias de las baldosas.

Esa tarde, al volver, John me encontró allí dormida, en el suelo del cuarto de baño. Me zarandeó hasta que desperté y me llevó casi en brazos al cuarto de estar. Me abracé a él con todas mis fuerzas y le hice tumbarse a mi lado en el sofá. Abrazada a él, lloré largo rato entre sacudidas, y él lo achacó a un exceso de sedantes y a la falta de compañía. Me abrazaba con fuerza, me dio de comer galletas saladas con chili y me dejó ganar tres veces al *scrabble*. Nos metimos en la cama y apretó mi cuerpo desnudo contra el suyo.

—¿Tienes frío?—preguntó con los ojos redondeados por la preocupación, cálidos y marrones. Estaba tan vivo, mi bello amante...

—No —dije, y toque su mejilla tibia y rasposa—. Ya me encuentro mejor.

Una semana después estaba otra vez en la facultad, ante el atril, y me sentía como nueva. Naturalmente, los mentideros de aquel Criadero de Cretinos gozaban de mejor salud que los propios estudiantes, y se me trató con delicadeza y deferencia. Fingí que no había pasado nada y pronto otros escándalos hicieron olvidar mi pequeño percance.

John me trató durante un tiempo como si fuera de cristal hilado, me abría las puertas y me llevaba la comida al

despacho nuevo, pero hasta él lo olvidó con el tiempo. Yo le aseguraba, quizá con demasiada frecuencia, que todo iba perfectamente, que ya estaba bien. Cuando llegó el primero de diciembre, noté que no me creía. Mi empático amante, el profesor, yacía a mi lado una noche y yo, aún despierta, notaba que sus pestañas me rozaban la espalda cuando parpadeaba, tan despierto como yo.

¿Qué podía haberle dicho? ¿Me habría creído? Apenas lo creía yo misma. Sentía por lo sobrenatural el sano respeto de una oriunda de Nueva Orleans, pero ese respeto solo se manifestaba, generalmente, en mi reticencia a no maldecir estando en un cementerio o a tocar madera. ¿Cómo podía explicar a un científico que había visto a un resucitado, que había dejado que me tocara, que había permitido que chupara la sangre de mi coño hasta que me corrí? Ni siquiera yo podía creerlo y había estado presente. Me daba la impresión de que a los demás tampoco les convencería.

John tampoco me preguntó nunca. A veces parecía a punto de preguntar. Bajaba la cabeza, se quedaba callado durante la cena, me cogía de la mano y me miraba intensamente, como si pudiera obligarme a contarle lo ocurrido. Cuando actuaba así, yo solía echarme a reír, le daba un beso, cantaba una canción de los Beatles, sugería que fuéramos a tomar una copa después de clase y él sacudía la cabeza como diciendo: «¿Cómo he podido sospechar de ella?».

En medio del trasiego de los parciales, sufrí la doble tensión de preparar mi trabajo de clase e intentar ocuparme de los preparativos del viaje de John. Nos pasábamos horas al teléfono en conferencia con Inglaterra, intentando convencer a su madre de que era preferible que se quedara en el apartamento para profesores que le daban, en vez de en su piso sin calefacción a veinte kilómetros de distancia. Ella, por lo general, me hacía más caso a mí que a John. Para

colmo, John no tenía qué ponerse, ni vista para comprarse ropa o zapatos buenos, y tuve que ir a comprarle algunas cosas. Solo de vez en cuando lograba convencerlo de que me acompañara.

Tras una mañana libre, volví al campus cargada de bolsas de Oak Tree y Gap y me dejé caer en la silla de mi despacho, rezando por que me hubieran enviado por correo los libros que había pedido a través del préstamo interbibliotecario. Llamé a Lola, mi alumna y lacaya, y le pedí que fuera a recoger mis cartas a la sala de correo de la facultad, que me las llevara al despacho y que, ya de paso, me llevara también un bollo.

Lola volvió cargada con un montón de documentos y un bollo de chocolate.

—Te habría traído un café, pero no había —dijo.

—Gracias, guapa.

—¿Cómo estás hoy? —Se puso a ordenar los papeles de la mesa. Creo que estaba enamorada de mí. Era una chica de Arizona, muy limpia, con mallas y sudadera, y los labios siempre perfectamente pintados con pincel de un color muy sutil.

—Estoy bien... Un poco liada, como siempre... ¿Qué es esto? —Levanté un sobre de Fed-Ex y lo miré con los ojos entornados. No tenía remite.

—No sé. Llegó justo cuando yo venía hacia aquí. Qué raro, ¿no? Me voy corriendo a Biología Celular, que esta semana he llegado tarde todos los días. Hasta luego —Me dijo adiós con la mano y cerró la puerta al salir.

Di un mordisco al bollo, que se desmigajó, y arranqué la tira de cartón troquelada del paquete. Dentro de este había otro sobre de papel lujoso, de color marrón claro y suave, con los bordes toscos, como una invitación a la inauguración de una galería de arte o a la ceremonia de graduación de una facultad *hippie*. Lo abrí con la uña del pulgar y saqué una hoja de idéntico papel marrón, con una letra florida y

extraña, escrita en tinta marrón oscura. Leí la nota una vez, la dejé sobre la mesa, volví a cogerla y la leí de nuevo.

A la señorita Ariane Dempsey.

No le reprocharía que no me haya perdonado por lo que le hice esa noche; yo, ciertamente, nunca me lo perdono. Deseo expresarle mi arrepentimiento, la deuda imperecedera que contraí con usted y mi deseo de arreglar las cosas. Si no tiene miedo, permítame pedirle disculpas en persona. Venga al hotel Saskatchewan, el 12 de diciembre. A las ocho de la tarde, *suite* 900. Le repito que no tiene nada que temer de mí.

Mis eternas disculpas.

Del sobresalto, estuvo a punto de caérseme el bollo.

Aquello había ocurrido de verdad. No me estaba volviendo loca. Sentí una vibración especial en el papel: algo en la escritura, demasiado cuidadosa, demasiado antigua para pertenecer a una persona real, pero también demasiado irregular para haber sido impresa. Me levanté de un salto de la silla y me puse a dar vueltas por el despacho. Las bolsas con la ropa nueva de John cayeron al suelo sin que me diera cuenta. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo demonios debía actuar?

Me interrumpió la llegada del doctor John Thurbis, que me llevaba el almuerzo recién salido del microondas de la Facultad de Física.

—Lasaña de espinacas —canturreó—. La compré yo mismo. Por Dios, Ariane, ¿qué te pasa? —En un instante dejó la lasaña y me apretó con fuerza entre sus brazos—. ¡Ariane!

—Es que... —Me sentía mareada—. Creo que solo es que tengo hambre.

—Cualquiera diría que acabas de enterarte de que se ha muerto alguien.

—No, no, cariño, estoy bien. Es que me he levantado demasiado deprisa. —Me aparté de él, revolví el correo y tapé con algunas fotocopias la hoja de color marrón. John me miraba fijamente, dolido y confuso—. Gracias por la comida, cielo.

Se sentó en mi silla y me puso sobre su regazo.

—¿Seguro que vas a estar bien sin mí?

—Me las arreglaré. Vamos, John, me mareo un poco y ya piensas que voy a tener cachorros. No pasa nada, ya puedes tranquilizarte. —Le di un beso en la coronilla y le metí el dedo en la oreja. Se rió—. Te he comprado ropa. Espero que no te parezca demasiado *punki* de los barrios bajos de Liverpool.

Y así sucesivamente. Lo despisté. Un rato después, volvió a cruzar el césped hacia la seguridad y la lógica de la Facultad de Física y yo me quedé sola en mi despacho con la lasaña y la carta. La leí una y otra vez durante horas, tocándola hasta que creí que haría un agujero en el papel de tanto sobarla.